

Orlando Fals Borda

Retorno a mi Caribe natal

Alexander Pereira¹

¹ Doctor en Literatura Latinoamericana y Estudios Culturales, Universidad de Georgetown, Estados Unidos.
Correo: apereira@barnard.edu

(...) yo llegaré liso y joven a ese país mío y diré a ese país cuyo barro entra en la composición de mi carne: “He vagado durante mucho tiempo y vuelvo hacia el horror desertado de tus llagas”.

Cuaderno de un retorno a un país natal (1939)
Aimé Césaire

I

A finales de los años sesenta, tras resistir largos meses de hostilidad en su contra, Orlando Fals Borda fue finalmente expulsado de la facultad de sociología que él mismo había fundado en la Universidad Nacional de Colombia. Establecida en la sede de Bogotá en 1959, era una de las primeras facultades de su tipo en América Latina, y desde ahí él había liderado la institucionalización de esa disciplina como campo de estudio en su país. Las razones de su expulsión tenían que ver con críticas al enfoque positivista y estructural funcionalista sobre el cual se había fundado la facultad, acusaciones a su vida privada y ataques que lo señalaban como colaborador de planes contrainsurgentes promovidos por la CIA. Estudiantes y profesores radicalizados lo señalaban como “agente del imperialismo”, con acusaciones que llegaron a ser tan virulentas que a él no le quedó otra alternativa que dar un paso al costado y, ya para 1968, dejar definitivamente la universidad. Pero, ¿qué había sucedido para que Fals Borda fuera sometido al ostracismo de la propia institucionalidad intelectual que él mismo había fundado? La respuesta a esta pregunta podría ayudarnos a comprender por qué su obra maestra, *Historia doble de la Costa* (1979-1986), fue creada por fuera de la universidad y, lo que es aún más relevante, desplegando enfoques heterodoxos que iban en contra de las normas, convenciones y jerarquías de la institucionalidad académica.

II

Orlando Fals Borda (1925-2008) nació en la ciudad portuaria de Barranquilla, en el Caribe colombiano. En su juventud tuvo una carrera intelectual meteórica con características que lo hacían parecer un estereotípico académico de clase media estadounidense de los años cincuenta. No solo había crecido en el hogar de unos padres maestros de escuela, profesantes del cristianismo presbiteriano, sino que ellos enseñaban en el Colegio Americano de la ciudad, donde él cursó su educación primaria y secundaria y tuvo una cercanía temprana con el inglés y la cultura anglosajona. Siendo de una familia de clase media baja, pudo continuar sus estudios de universidad gracias a relaciones establecidas en torno a la vida social del colegio y la iglesia protestante, por medio de los cuales consiguió una beca para estudiar literatura inglesa

en la Universidad de Dubuque, institución presbiteriana en el estado de Iowa, de donde pasó a hacer su maestría en sociología rural en la Universidad de Minnesota e, inmediatamente después, un doctorado en ese mismo campo de estudio en la Universidad de la Florida.

De la maestría salió su libro *Campesinos de los Andes* (1955), y del doctorado, *El hombre y la tierra en Boyacá* (1957), ambas obras dedicadas a estudiar un mundo campesino en transición hacia procesos de modernización capitalista en América Latina, desde el enfoque microsociológico, pero con una perspectiva histórica de larga duración. Al promediar los años cincuenta, con la publicación de esos textos y una serie de artículos escritos desde la sociología rural, Fals Borda comenzó a ser reconocido en Colombia y el resto de América Latina como un científico social riguroso. Por el énfasis que había hecho durante su postgrado en el enfoque de la microsociología rural, que privilegia el trabajo empírico de campo y los estudios de caso, sus trabajos no se ajustaban bien con modelos teleológicos o enfoques teóricos de grandes abstracciones. Sin embargo, como la mayoría de académicos formados en la década de los cincuenta, los años dorados de la sociología estadounidense, él también estuvo influenciado por el estructural funcionalismo.

El estructural funcionalismo fue hegemónico en Estados Unidos hasta bien entrados los años sesenta, y por esa vía los primeros trabajos de Fals Borda recibieron una buena dosis del positivismo que había llegado a su clímax durante esas décadas. Un positivismo que entendía las ciencias sociales con las mismas capacidades universalistas y de aplicación que las ciencias naturales, libres de valoraciones y útiles como guías ilustradas en las decisiones que los gobiernos debían seguir en sus planes de desarrollo y estabilización social. Un positivismo que, en suma, interpretaba la realidad a la manera de una línea recta, progresiva, en la que se partía de una sociedad tradicional que luego de transitar por una fase de desequilibrio (disfuncional), pasaba a regularse a través de una modernización inducida desde las alturas del poder del Estado. En consecuencia, políticamente, Fals Borda estuvo comprometido con enfoques del modelo desarrollista de modernización que impulsaban los Estados latinoamericanos de la época, bajo los parámetros de la Doctrina Truman, y luego con la Alianza para el Progreso, del gobierno de Kennedy. Acorde con esa manera de practicar las ciencias sociales, es bastante significativo que al obtener su doctorado entrara a trabajar de manera simultánea como asesor técnico del Ministerio de Agricultura y como director de la primera facultad de sociología que se fundó en Colombia, ambos en 1959.

Entre otros artículos que escribió por esos años, Fals Borda participó en la elaboración de un libro monumental de dos tomos y en autoría colectiva bajo el título de *La violencia en Colombia* (1962). La obra trataba sobre las causas de la guerra civil que desangraba a su país desde mediados de los años cuarenta hasta el momento de la publicación. Las exigencias de esta investigación lo obligarían a ampliar sus enfoques teóricos para abarcar fenómenos como los de las crisis políticas y los cambios sociales, la violencia, las insurrecciones y las revoluciones. La experiencia del trabajo de campo de esta investigación, que le permitió entrar en contacto con las víctimas de ese conflicto, lo llevaría a desilusionarse de los planes reformistas incumplidos por el régimen político colombiano, régimen que el libro mostraba como el causante de la “violencia”. Es así que Fals Borda pasó a defender que una transformación democrática profunda debía estar apoyada en la acción colectiva de las clases y grupos sociales oprimidos.

Paralelamente a este viraje político hacia la izquierda, su reputación intelectual crecía en América Latina, y era invitado a ofrecer cursos en prestigiosas universidades de los Estados Unidos. Usando una estancia de investigación en la Universidad de Wisconsin escribiría un estudio sobre intentos frustrados de cambio social, *Subversion and Social Change in Colombia* (1969), publicado por la Universidad de Columbia. Esta obra proponía una resignificación de la noción de “subversión”, que Fals Borda define en términos no negativos, nutriéndose del concepto de revolución del anarquista Gustav Landauer. Para este momento, Fals Borda se había convertido en el principal crítico de la sociología positivista y estructural funcionalista de su primera formación intelectual y con la cual había fundado esta profesión en Colombia. Ahora era más cercano a enfoques interpretativos que buscaban explicar el conflicto social, demostrando un manejo de las obras de Karl Marx, Max Weber, Karl Mannheim, Carlos Mariátegui, Wright Mills, Lewis Coser, los autores que desarrollan la teoría de la dependencia en América Latina, entre otros pensadores críticos.

Durante los años sesenta, en Colombia, como en muchos otros lugares de América Latina y el Caribe, ser auténticamente de izquierdas implicaba demostrar algún tipo de apoyo a organizaciones armadas revolucionarias. Eran los años de la Guerra Fría, del impacto del triunfo de la revolución cubana, de las dictaduras militares y de la emergencia de movimientos guerrilleros. Aunque Fals Borda pudiera haber comprendido las razones históricas del fenómeno de la insurgencia armada, no parece que esa fuera una alternativa que él priorizara sobre las movilizaciones colectivas para alcanzar cambios sociales. Su educación juvenil se había dado en torno a valores liberales democráticos, al humanitarismo y la filantropía, en el seno de una comunidad presbiteriana de tipo ecuménico y minoritaria en una ciudad de mayoría católica. El temperamento liberal y cosmopolita de Barranquilla, donde vivió hasta finalizar su bachillerato, también pudo haber dejado una marca en su carácter, así como su cultura caribeña expresada de manera particular en la celebración de sus carnavales.

Del mismo modo, los años de sus estudios de pregrado, maestría y doctorado en Estados Unidos estuvieron marcados por las movilizaciones a favor de los derechos civiles del pueblo afroamericano y de su liderazgo pacifista. Es muy difícil rastrear elementos de dogmatismo en la formación intelectual de Fals Borda. Incluso en términos religiosos es posible ver que su ecumenismo se enriquecía con su afinidad por la teología de la liberación y, finalmente, ya en su edad madura, por el panteísmo. Lo mismo puede decirse de él en términos académicos, en donde es más fácil identificar cierto eclecticismo intelectual desde sus primeros trabajos, en los cuales nunca mostraría ser epígono de nadie ni divulgador del estructural funcionalismo ni tampoco del marxismo mecanicista de aquellos años (dos caras contrapuestas del mismo positivismo). Al promediar la década del sesenta, esos valores se enriquecerían con su defensa de cierto socialismo humanista, utópico y anarquista, que él llamaba socialismo pluralista. Aunque este giro ideológico hacia la izquierda hizo que sectores poderosos del establecimiento colombiano vieran en él a un disidente, un subversivo, no sucedió lo mismo desde el bando opuesto de los universitarios radicalizados, quienes por el contrario lo estigmatizaron como un agente del imperialismo estadounidense.

III

La educación anglosajona que Fals Borda había recibido, primero en Colombia y luego en los Estados Unidos, el estructural funcionalismo, el empirismo y el positivismo de sus primeras investigaciones, la financiación que consiguió a través de fundaciones como la Ford y Rockefeller para proyectos de la Facultad de Sociología, así como su trabajo técnico en el Ministerio de Agricultura, hicieron que él personificara muchos de los elementos que los estudiantes más hipercríticos aborrecían. Además, y esto no es menos importante, también estaba su fe presbiteriana en medio de uno de los países más católicos del mundo, que junto a los rumores sobre su homosexualidad hacían de él un personaje raro, socialmente insoportable en una cultura altamente homogénea e intolerante como la de Bogotá de aquellos años. Fals Borda fue el perfecto pararrayos para recoger la hostilidad de una intelectualidad parroquial sobrepolitizada, por un lado, y, por el otro, para recibir la agresividad de miembros de un régimen político autoritario. Visto desde el presente, su exclusión del principal centro académico de Colombia se ajusta a la parábola del chivo expiatorio: situación en que dos oponentes intentan resolver su disputa a expensas de un tercer agente —individual o colectivo—, quien es culpado de cualquier mal. La eliminación, expulsión o destrucción de ese tercer agente puede contribuir a calmar la tensión entre los dos bandos confrontados, en este caso, gobierno autoritario versus universitarios radicalizados. Es así que los rumores infundados como agente encubierto de la CIA y, en general, la hostilidad en su contra, no le dejaron otra escapatoria que dejar la vida universitaria.

Dado el reconocimiento que Fals Borda había alcanzado internacionalmente durante los años sesenta, es probable que hubiera podido optar por trabajar como profesor en las universidades de Wisconsin, Harvard o Columbia, donde venía ofreciendo cursos esporádicamente. O tal vez hubiera podido continuar trabajando en Suiza, como lo venía haciendo entre 1968 y 1970, en investigaciones sobre cooperativas rurales en su calidad de director del área de estudios del Instituto de Investigación de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social. En vez de eso, decidió abandonar la institucionalidad académica para juntarse a las movilizaciones campesinas que venían teniendo lugar en Colombia. Para tal efecto, junto a colegas

suyos, a finales de 1970, fundó un grupo llamado la “Rosca de Investigación y Acción Social”, el cual estaba conformado por subgrupos que operaban en varias regiones del territorio colombiano donde había organizaciones populares movilizadas. Vale la pena resaltar que varios miembros de este grupo hacían parte de la iglesia presbiteriana de Barranquilla, y que por estos años Fals Borda fue expulsado de la comunidad religiosa debido a sus prácticas políticas radicales al lado de las luchas campesinas.

Lo anterior es significativo porque muestra que además del extrañamiento académico a que fue sometido, por esos años Fals Borda también sería condenado al ostracismo por parte de la propia comunidad religiosa en la que había crecido. Esto es revelador tanto de la intolerancia política de esa época como de la autonomía intelectual con la cual él emprendería sus estudios de investigación por esos años. En esa búsqueda de independencia intelectual, el propósito de la Rosca era poner los instrumentos de la investigación social al servicio de organizaciones de base que venían luchando contra injusticias históricas relacionadas con sus condiciones laborales y falta de acceso a la tierra. Fals Borda se sumaría a las movilizaciones lideradas por el campesinado en el Caribe colombiano, que era la región donde estos trabajadores rurales habían mostrado mayor combatividad. Articulada a la Rosca, ahí fundaría con intelectuales locales la Fundación del Caribe, que en 1972 trabajaría de forma estrecha con las organizaciones campesinas, apoyándolas en asesoramientos legales, ofreciendo cursos sobre política e historia. De este trabajo de acompañamiento al campesinado surgirían el conjunto de técnicas de estudio de la investigación acción participativa (IAP) y la escritura de su obra maestra, la *Historia doble de la Costa*. Esta tetralogía no solo plantea una ruptura radical con la obra científico-positivista del primer Fals Borda, sino que también muestra un cambio geográfico en el foco de su atención investigativa, ya que hasta entonces su trabajo había estado concentrado en la región andina de Colombia, donde él había vivido tras completar sus estudios en Estados Unidos.

IV

Retorno a la tierra (1986), el último tomo de la tetralogía, bien podría ser el primero si se piensa que cronológicamente la *Historia doble* está escrita en sentido inverso a la experiencia de retorno de Fals Borda a su Caribe natal. Es en el último tomo donde se narra la forma como se inició la investigación y el activismo de Fals Borda en los años setenta. Esto es significativo porque el libro no solo podría leerse como una historia del campesinado del Caribe colombiano, sino también como un diario de campo sobre la construcción y puesta en práctica de formas diferentes de investigación por fuera de la institucionalidad académica. *Retorno al país natal* (1939), del poeta martiniqueño Aimé Césaire, es un antepasado de la *Historia doble* en más de un sentido. Aunque el libro de Césaire es una obra poética, ambos comparten una textualidad supersincrética que mezcla un discurso mítico-poético con otro historicista. La *Historia doble* es doble porque su cuerpo textual se bifurca en dos columnas, una literaria y otra histórica, que interactúan en forma contrapuntística. Asimismo, los dos autores tienen en común que narran su vuelta al Caribe después de haberse educado y vivido en el mundo metropolitano; en ambos casos ese retorno se hace con una nueva conciencia que busca indagar por la propia historia. En la *Historia doble* esta búsqueda por participar se expresa en una decidida voluntad por tomar parte de las luchas de estos sujetos subalternos, quienes además participan en el proceso de investigación y escritura de su propia historia. Desde aquí, Fals Borda desarrolla una perspectiva decolonial, queer y afrocreole, con una fuerte base romántico-anticapitalista que invita a un retorno a los valores positivos de prácticas ancestrales colectivistas de comunidades negras e indígenas, para proyectarlas hacia un futuro pluralista.